

MIGRACIÓN, ARRAIGO Y APROPIACIÓN DEL ESPACIO EN LA RECOMPOSICIÓN DE IDENTIDADES SOCIOTERRITORIALES

Margarita de J. Quezada Ortega

Uno de los problemas actuales de México, son los grandes flujos migratorios hacia el norte (mexicano y norteamericano). Sin embargo, se da también una fuerte migración hacia la región central del país, particularmente en la periferia de la ciudad de México. El artículo analiza aquí el impacto de esta migración sobre la construcción de arraigos y, por lo tanto, de nuevas identidades, así como también sobre la percepción subjetiva del espacio en la ciudad de Ecatepec, Estado de México, situada al nordeste de la capital. El artículo recoge los resultados de una investigación empírica en torno a estos problemas que se realizó entre los habitantes migrantes y originarios de la región considerada.

Palabras clave: migración, representaciones sociales, territorio, Ecatepec.

Abstract: One of the current problems in Mexico is the migratory flow towards the north (Mexican and North American). And yet there is also a large migration toward the central region of the country, particularly to the outskirts of Mexico City. The article analyzes the impact of this migration on the construction of roots and thus new identities as well as on the subjective perception of space in the city of Ecatepec, State of Mexico, located to the northeast of the capital. The study compiles the results of an empirical investigation about these problems undertaken among the migrants and the original population of the region.

Résumé: Un des problèmes du Mexique actuel sont les grands flux migratoires vers le nord (mexicain et américain). Cependant il existe aussi une forte migration vers la région centrale, particulièrement, la ville de México et sa banlieue. A ce sujet, cet article pose le problème de l'impact de la migration sur la construction des enracinements et des identités, et donc sur la perception subjective de l'espace dans la région-nord qui entoure la ville de Mexico, c'est-à-dire l'Etat de Mexico, un des Etats fédérés du Mexique qui entoure la capitale. La conformation et la recomposition de ces identités socio-territoriales sont appréhendées à partir d'une recherche de terrain dans la zone d'Ecatepec, Etat de Mexico, tout autant chez les migrants que chez les habitants originaires de ces villages transformés en villes-banlieues de la capitale.

* Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM; trabaja en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación-Estado de México, División Ecatepec.



La identidad socioterritorial se concibe como una dimensión de la identidad personal que se caracteriza por tomar como centro de referencia un territorio delimitado, donde tiene su asiento un conglomerado social con el cual se establecen y reconocen vínculos de pertenencia.¹ En el caso de los migrantes, cambiar su lugar de residencia provoca un reacomodo simbólico y cultural en la relación que establecen con el territorio próximo y los vínculos que se entablan con la nueva comunidad en la que habitan.

En este texto se presentan algunos resultados de investigación sobre la construcción de identidades socioterritoriales en siete profesores que comparten una característica básica: todos ellos tienen una historia de migración interna personal y familiar, al municipio de Ecatepec, por lo que su estadía y relación con éste la hacen desde su condición de migrantes de primera, segunda o tercera generación, lo que aporta características particulares a la conformación identitaria que han ido construyendo a lo largo de su vida con este territorio.

La estrategia metodológica básica utilizada fue la entrevista a profundidad, a partir de la cual cada uno de los sujetos investigados construyó su propio relato biográfico relacionado con su historia migratoria personal y familiar, las formas en que han construido (o no) algún tipo de arraigo en el territorio donde actualmente habitan o laboran, la apropiación simbólica del espacio que realizan y la influencia de estos procesos en su propia identidad socioterritorial. El uso de relatos biográficos en este tipo de investigaciones permite recuperar la centralidad del actor, desde la carga subjetiva que imprime a su acción, como una forma de rescatar su voz sobre los significados que atribuye al mundo, a su trayectoria y a sí mismo. Estos significados y apropiaciones simbólicas se convirtieron en el eje central de la investigación, de tal manera que los resultados obtenidos no permiten (ni se proponen) formular generalizaciones o tendencias universales, pero en cambio son pertinentes para mostrar

¹ La perspectiva teórica desde la que se abordó el objeto de estudio está fundamentada especialmente en los trabajos de Gilberto Giménez, Michel Bassand y Alan Tarrus, entre otros (ver bibliografía).

la forma en que cada individuo internaliza selectivamente la exterioridad y otorga pesos diferenciados a los distintos elementos que la componen.²

El contexto geográfico donde se desarrolla la investigación adquiere una importancia particular indispensable para ubicar el objeto de estudio y los resultados obtenidos, ya que Ecatepec es un municipio que actualmente forma parte del área conurbada de la ciudad de México, pero hasta hace cincuenta años aproximadamente era un pequeño pueblo, de origen prehispánico, al que llegaron durante la segunda mitad del siglo XX miles de migrantes, hasta convertirlo en uno de los municipios más poblados del país, lo que trastocó no sólo su fisonomía sino también sus formas de vida, provocando graves problemas a sus viejos y nuevos habitantes relacionados con la dotación de infraestructura y servicios básicos, pero también con la apropiación simbólica del territorio y la conformación de un sentido identitario comunitario.

Es importante destacar que la migración que aquí encontramos sigue un patrón común en seis de los siete casos investigados: los migrantes llegan en un primer momento al Distrito Federal por la fuerte atracción que ejercía la ciudad de México como capital del país, y donde se concentraban en ese momento una gran cantidad y variedad de fuentes de empleo, centros educativos y culturales y un crecimiento acelerado, que la convertía en el mayor polo de desarrollo y oportunidades del país.

Pero a partir de la segunda mitad del siglo XX, sus posibilidades y limitaciones espaciales obligan a las autoridades a impulsar políticas de desconcentración urbana, a fin de solventar los graves problemas de sobrepoblación, contaminación y dotación de infraestructura urbana básica.

Así, empiezan a poblarse de industrias y zonas habitacionales los municipios de los estados vecinos, entre ellos Ecatepec, que llega a

² Hay una amplia bibliografía sobre el uso de relatos biográficos, historias de vida o narraciones de vida. Para esta investigación fueron particularmente importantes las perspectivas de Pierre Bourdieu, Daniel e Isabel Bertaux, Paul Friedrich y Susana García Salord. Al final se enlistan algunas de sus obras consultadas.



tener el índice más elevado de crecimiento demográfico a causa de la acelerada migración que recibió.

Patrones migratorios

De los relatos recabados podemos extraer ciertos patrones migratorios que nos permiten ubicar las formas en que han construido arraigos particulares en el lugar. Para efectos de análisis, y atendiendo a los relatos de situaciones, prácticas y argumentos señalados en las narraciones, encontramos diferentes tipos y sentidos en la migración, a los que denomino “patrones migratorios”, desde los que reviso las trayectorias migratorias familiares trigeracionales, insertas en un contexto social, económico y político más amplio, que trasciende el campo de las decisiones y prácticas de los sujetos.

Es importante enfatizar que la migración interna vista en la particularidad del migrante y su familia, tiene una gran diversidad de facetas y factores que la propician, por lo que en este ejercicio de sistematización e interpretación de la información contenida en los relatos biográficos, nos enfocamos fundamentalmente en aquellos aspectos que el propio narrador presenta con un peso significativamente determinante, sin olvidar que la fuente en la que nos basamos son las concepciones, percepciones e interpretaciones construidas por él mismo e impregnadas de la perspectiva que ha recibido de diversos miembros de su familia, que con ella le han transmitido una historia que de una u otra forma ha hecho suya como parte de la narrativa biográfica personal y familiar, en la que aparecen formas particulares de asumir sus orígenes y apropiarse simbólicamente de los espacios territoriales por los que han transitado. Hechas estas precisiones, presento a continuación los patrones migratorios que para efectos de análisis e interpretación he construido a partir de los relatos biográficos.

a) Pobreza y supervivencia.

La pobreza, extrema en algunos casos, es la principal causa de abandono del lugar de origen familiar en cuatro de los casos estudiados, atendiendo a las situaciones que ellos mismos ubican que propiciaron su salida y tomando en cuenta la trayectoria migratoria trigeneracional: abuelos, padres y ellos mismos.

Aquí encontramos un patrón típico de la migración interna que ocurre en forma acelerada en países como México hacia mediados del siglo XX: familias de extracción rural, provenientes de pequeñas comunidades, empobrecidas y orilladas a emigrar a la ciudad, en estos casos al D.F., en busca de oportunidades de supervivencia. En algunas historias encontramos un ingrediente común: la muerte del padre de familia, lo que deja en el abandono a la viuda con sus hijos, quienes tienen que recurrir ya sea a los hijos mayores para que emigren y sostengan económicamente a sus hermanos, o bien ellas mismas emigrar en busca de un empleo que les permita cubrir sus necesidades básicas. Otro rasgo común es la escasa o nula escolaridad de estos migrantes

Así pues, en estos casos encontramos un patrón migratorio bien definido, en el que la pobreza, la falta de preparación escolar, la orfandad, el desamparo o la ausencia de familiares o amigos que les apoyen económicamente en los momentos difíciles, obligan a las familias a dejar sus lugares de origen frente a la promesa de lograr una mejoría sustantiva en su nivel de vida, o por lo menos, de encontrar opciones que les permitan sobrevivir.

Al ubicar temporalmente estas migraciones, encontramos que ocurren en el lapso de 1940 a 1957, periodo que coincide con el mayor crecimiento demográfico migratorio del Distrito Federal, que en ese momento ejercía una gran atracción sobre miles de personas provenientes de todos los puntos del país, que buscaban desesperadamente encontrar un empleo o forma de vida que les permitiera sobrevivir y aun mejorar su nivel de vida; promesa que en muchos casos, como los que estamos analizando, fue cumplida.

Encontramos también en varios de estos casos una estrategia migratoria que puede dividirse en dos etapas, según sean las cir-



cunstances de cada familia: enviar primero a uno o varios de los miembros de la familia, generalmente los hijos mayores, a “buscar fortuna” pero manteniendo a una parte de la familia en el lugar de origen para, en un segundo momento, una vez que se ha instalado y encontrado un medio de supervivencia, recibir al resto de la familia; o bien, en otros casos, buscan llegar con familiares o paisanos ya instalados en la ciudad cuando los hay, para que ellos puedan mostrarles caminos, conseguirles trabajo o darles alojamiento mientras logran instalarse de forma independiente.

En estos casos, las familias completas acaban trasladándose a la ciudad, ya sea en el mismo viaje o paulatinamente, y una vez que esto ha ocurrido, empiezan a romper los lazos que los unían con su lugar de origen, ya sea porque no les quedan más familiares o amigos allá, porque se deshacen de algún bien que tenían y ya no tienen un lugar “donde llegar”, o simplemente porque sus ocupaciones y nuevos intereses les impiden regresar con cierta frecuencia, hasta que en algunos casos rompen totalmente los vínculos, de tal manera que sus hijos no conocen ya los lugares donde nacieron.

b) Educación como vía de movilidad o mantenimiento de la posición social

Otro patrón encontrado es la migración en busca de mejores oportunidades educativas de las que ofrece su lugar natal, que a la postre puedan convertirse en niveles socioeconómicos más elevados para sus hijos al encontrar oportunidades laborales que favorezcan una movilidad social ascendente.

A diferencia del patrón anterior, aquí no encontramos una situación de pobreza o desempleo. En este patrón migratorio la gran ciudad capital ejerce una fuerte atracción sobre miles de migrantes, provenientes tanto del medio rural como de ciudades pequeñas o medianas como en este caso, que buscan realizar o continuar estudios académicos en los grandes centros educativos que ahí se encuentran, con la ilusión de que obtendrán un nivel muy superior al que encontrarían en cualquier otra parte del país. Con esta pers-

pectiva, es frecuente que se contemple la posibilidad de regresar al lugar de origen en una mejor posición, por lo que la migración no se plantea inicialmente como definitiva aunque, pasado el tiempo, puede serlo si no consiguen allá un empleo o desarrollo profesional que satisfaga sus expectativas, o bien si establecen lazos profundos que los mantengan unidos a la gran ciudad.

c) Conocer otros lugares: independencia, exploración y aventura

Este es el tercer patrón migratorio que encontramos entre este grupo de profesores. En este caso, no se trata de huir de la pobreza o buscar formas de supervivencia; tampoco busca oportunidades laborales, mejoría económica o una movilidad social ascendente. En este patrón migratorio está implícito un espíritu de aventura y la búsqueda de cierta independencia de la familia de origen, así como dejar atrás costumbres, tradiciones o responsabilidades que pesan o molestan, para buscar otras formas de vida donde pueda desarrollar con mayor libertad estilos más acordes con su propia personalidad, evitando conflictos y rupturas particularmente con los padres.

d) Cambiar para mejorar: de inquilinos a propietarios

El patrón migratorio recurrente que encontramos en seis de los siete casos investigados está relacionado con su llegada a Ecatepec, lo que nos permite visualizarlo como un patrón típico de la migración que llega a este lugar: la adquisición de una vivienda en condiciones accesibles para grupos sociales con determinado nivel socioeconómico. Así, se establecen en este lugar por situaciones muy similares: todos están rentando una vivienda en el D.F. y, en determinado momento, vislumbran la posibilidad de adquirir una casa propia que se convierta en patrimonio familiar, con el argumento básico de dejar de pagar por la renta de una vivienda, y utilizar ese dinero como inversión al destinarlo a pagar un crédito para la compra de una casa propia. Sin embargo, en todos estos casos encontramos que la



situación económica familiar limita sus posibilidades de elección, y es en Ecatepec donde encuentran una vivienda que se adecúa a los recursos que tienen en ese momento para adquirirla.

En los casos estudiados, las migraciones ocurren entre los años de 1967 a 1975, que coincide con la época de mayor crecimiento demográfico por migración en el municipio de Ecatepec, ya que entre 1960 y 1970 llega a una tasa del 18.88%, lo que representa uno de los índices de crecimiento migratorio más alto en el país durante el siglo XX. Así pues, estas familias llegan en los momentos cúspides de la ola migratoria, lo que más adelante nos permitirá entender la forma en que subjetivamente perciben el espacio físico y cultural del lugar, que sufre fuertes transformaciones a lo largo de estos últimos cuarenta años, como resultado precisamente de la llegada de grandes cantidades de inmigrantes, lo que tiene un impacto no sólo en la distribución y fisonomía territorial, sino también en las costumbres y formas de vida en el lugar.

Es importante destacar el tipo de migrantes que estamos estudiando a través de este patrón migratorio: se trata de familias completas que llegan a establecerse con la expectativa de mejorar sus condiciones de vida, particularmente en lo referente a la satisfacción de sus necesidades de vivienda. También hay que señalar que todas estas familias llegan a fraccionamientos o unidades habitacionales de nueva o reciente creación, que apenas están siendo dotados de la infraestructura y los servicios urbanos indispensables, en terrenos que colindan o que antiguamente eran destinados a actividades agrícolas, o bien que permanecían como baldíos por las condiciones específicas del suelo, de tipo salitroso dada su cercanía con el lecho del antiguo Lago de Texcoco, para entonces ya casi totalmente desecado. Esto es, no se asientan en las zonas más antiguas del municipio, donde se ubican los pueblos ancestrales, sino en terrenos aledaños, que serán los que sirvan para edificar viviendas populares y parques industriales que, en muchos casos, provienen del D.F., como efecto de las políticas de desconcentración de la ciudad capital y los incentivos que los municipios conurbados ofrecen a los nuevos residentes.

e) El reencuentro con los orígenes territoriales.

El último patrón migratorio que encontramos en el análisis de las trayectorias migratorias que aparecen en los relatos biográficos, se refiere al regreso al lugar de nacimiento propio o de sus padres.

El regreso al lugar de nacimiento se presenta ante algunos migrantes como un retorno a los orígenes, donde ese territorio aparece cargado de un valor simbólico, independientemente de los lazos reales o imaginados que se mantengan con él.

Formación y sentidos del arraigo territorial en migrantes

El concepto de “arraigo” se entiende dentro de esta investigación como el proceso y efecto a través del cual se establece una relación particular con el territorio, en la que metafóricamente se “echan raíces” en él por diversas situaciones, creando lazos que mantienen algún tipo de “atadura” con el lugar. También me interesa específicamente diferenciar este concepto de “arraigo” del concepto de “identidad socioterritorial”, ya que, si bien el primero puede llevar al segundo, no necesariamente ocurre así, y por el contrario, uno puede obstaculizar el desarrollo del otro.

La formación de arraigos puede tener una diversidad de motivaciones, pero básicamente podemos distinguir tres:

- Por elección y decisión personal.
- Por circunstancias de la vida que se aceptan con más o menos entusiasmo o resignación, las que no se ha querido o no se ha podido modificar desde una decisión personal.
- Contra la propia elección y decisión personal, pero obligado por diversas situaciones externas.

En los relatos biográficos investigados, vistos siempre desde su posición de migrantes, encontramos siete tipos de lazos que se combinan en formas peculiares para producir diferentes sentidos en los arraigos que han establecido tomando como punto de referencia sus vínculos con el territorio de Ecatepec:



a) El lazo familiar

La familia constituye un referente fundamental en la construcción de arraigos territoriales, aunque en algunos tipos de patrones migratorios puede no tener un carácter decisivo, o funcionar precisamente como factor de desarraigo. De cualquier forma, este lazo aparece en todos los casos como un elemento importante que, de una manera u otra, siempre está presente.

Aquí es necesario abrir la mirada sobre la concepción de la “familia”. De entrada hay que distinguir entre la “familia de origen”, ya sea biológica o simbólica, y la “familia” que al paso del tiempo se forma de manera independiente a la originaria, que puede estar constituida de la manera tradicional (madre, padre, hijos) o bien de alguna otra forma no tan convencional, pero que suele ser frecuente. Cada uno de estos dos tipos básicos de “familia” puede tener pesos diferenciados en el transcurso de la vida, según la edad, circunstancias, aspiraciones, y otros factores personales y sociales.

En este grupo de profesores encontramos, en todos ellos, una importancia central del arraigo familiar, expresado en diferentes formas a través de las trayectorias migratorias personales y familiares. La familia se constituye de esta forma en un referente fundamental en la formación de arraigos y desarraigos, lo que puede resumirse en la siguiente sentencia: *mi casa está donde mi familia esté*.

b) El lazo económico

Este es un tipo de arraigo que también se constituye como central en los profesores investigados, dadas las características particulares de este grupo de profesionistas y el tipo de empleo que tienen: todos ellos son profesores del sistema educativo estatal mexiquense, con una o más “plazas de base”, lo que les permite contar con un salario, al que pueden percibir como suficiente o insuficiente, pero finalmente “seguro”.

c) El lazo profesional

Este lazo está íntimamente relacionado con el económico en varios de los casos, de tal manera que resulta difícil separar uno del otro, ya que el ejercicio profesional va unido a las “plazas de base”, el salario seguro y las prestaciones laborales que ya mencionamos. Lo que cabe agregar para rescatar la especificidad de este lazo y su contribución en la construcción de arraigos territoriales es un tipo de ejercicio profesional que les resulta gratificante ya que se sienten conocidos y reconocidos por las comunidades donde se ubican las escuelas donde laboran, gracias a que, al cabo de los años, han logrado una trayectoria profesional que se ha traducido en satisfacciones personales y cierta tranquilidad que les da el conocimiento del campo específico en el que se ubican, con todas las particularidades que éste tiene y que para ellos se han vuelto familiares.

Junto con el arraigo económico, al que frecuentemente está asociado, hay un tipo de arraigo que ha sido considerado característico de sociedades modernas o “avanzadas”, con la tendencia a formar lazos más volátiles con el territorio, que pueden resumirse como: *mi casa está donde mi trabajo esté*.

d) El lazo cultural

El lazo cultural lo entiendo aquí como ese vínculo que establece el individuo con los estilos de vida, las costumbres, las tradiciones, los ritos, etcétera, predominantes en la comunidad socioterritorial donde habita, esto es, la relación que hay entre los significados que él otorga a sí mismo y a su entorno, y los que manifiestan los otros actores con quienes, en diferentes circunstancias de la vida, interactúa. Aquí se incluyen tanto formas culturales dominantes como subordinadas, las explícitas o visibles y las implícitas u ocultas, e inclusive aquellas legítimas e ilegítimas.

Un aspecto interesante a rescatar es la forma en que viven los migrantes las manifestaciones culturales tradicionales del lugar al que llegan, en este caso Ecatepec, donde aún perviven algunas costumbres ancestrales que recuerdan su origen semi rural y prehispánico,



particularmente la forma de celebrar ciertos ritos y festividades: ante la imposibilidad de una apropiación entrañable de sus significados, viven en el territorio de llegada en calidad de “turistas permanentes” o “invitados”, que se interesan y disfrutan asistir a estos eventos, pero siempre en calidad de espectadores, reconociendo con ello la diferencia insalvable con los “nativos”, los que han heredado junto con esas prácticas tradicionales, la clave de sus significados profundos, que no pueden ser aprehendidas del todo por los profanos, aun cuando ahora se han convertido en residentes. Este carácter de exterioridad cultural dota a estas tradiciones de un encanto particular a los ojos de los migrantes, que pueden descubrir en ellas una suerte de prácticas ajenas pero cercanas, con las que pueden o no convivir según sea su elección, a sabiendas de que no están sujetos a ellas, porque no se trata solamente de descifrar sus códigos, pues estos contienen un componente que no necesariamente se basa en el conocimiento, sino en el sentimiento, las creencias y la propia convicción.

Esto les recuerda continuamente su carácter de migrantes, aunque en la medida en que crecen en cantidad, y la mayoría de la población comparte esta condición, se van creando nuevos códigos culturales que les permiten construir arraigos, y probablemente identidades. En estos nuevos códigos se enfatiza la diversidad, en detrimento de las tradiciones autóctonas y a favor de una cultura más urbanizada e individualista, donde puedan caber, dentro de una amplia gama de posibilidades, los nuevos pobladores.

e) El lazo territorial

Éste es el vínculo que se establece directamente con el espacio territorial y todo lo que hay en él: construcciones, paisajes, monumentos, calles, vegetación, etcétera. Este lazo puede adoptar una diversidad de sentidos, ya que de manera particular un territorio puede percibirse de múltiples maneras, creándose significados subjetivos íntimamente relacionados con las vivencias personales, enmarcadas en las percepciones que de ese territorio tienen otros, por lo que

las construcciones simbólicas personales siempre tienen un fuerte componente intersubjetivo.

El lazo territorial puede traducirse en un sentido de aceptación, agrado y hasta afecto por el territorio (topofilia), pero también como un sentimiento de rechazo o desagrado por él, elementos que inciden en la conformación identitaria socioterritorial, aunque, como en todos los casos, no necesariamente determinan el arraigo, puesto que éste puede estar condicionado por otro tipo de lazos que adquieran un mayor peso en las decisiones del actor. El territorio también puede ser percibido a través de ciertos símbolos territoriales o geosímbolos, que sirven como íconos de reconocimiento e identificación.

f) El lazo histórico

Es el lazo que se establece a través de la permanencia en un lugar, donde cobra importancia tanto el pasado vivido ahí, como los antecedentes históricos del lugar al ser asumidos como propios. En la construcción de este lazo la cantidad de tiempo puede o no ser significativa, puesto que siempre está determinada por el peso subjetivo que cada actor le concede: alguien puede pasar la mayor parte de su vida viviendo en un territorio, y no por ello establecer este tipo de arraigo, o viceversa.

g) El lazo político

Este lazo se establece a partir de la apropiación de emblemas y símbolos políticos territoriales, que llegan al actor a través de los diferentes espacios y aparatos de inculcación y propaganda de símbolos identitarios.

La apropiación simbólica del territorio

Hemos hablado ya de las diferentes trayectorias migratorias y cómo éstas propician y se conjugan con las situaciones personales en la



formación de arraigos territoriales que revisten diversos sentidos. Ahora nos ocupamos de las formas en que es percibido el territorio donde se habita o labora, y cómo se construyen a partir de estas percepciones imágenes simbólicas sobre él. Veamos pues los diferentes imaginarios contruidos sobre Ecatepec, la ciudad que ha acogido a este grupo de migrantes, y las formas en que se conjugan las experiencias vividas tanto ahí como en sus lugares natales.

La imagen de la ciudad está formada de recuerdos, así como los recuerdos se entresacan de los olvidos. Recuerdo y olvido, igualdad y diferencia, ser y no ser, dentro y fuera: estos son ingredientes básicos en la conformación identitaria.

La ciudad en la memoria selecciona, desecha, compone, inventa, significa, impresiona. Al oír descripciones y relatos, el que escucha recompone también. En la mente habita una ciudad imaginada, contruida a partir de todos esos materiales: los recuerdos, los olvidos, los significados, las emociones, las invenciones, las experiencias, las prácticas cotidianas, los relatos escuchados. Pero también en la ciudad está grabada su propia memoria, tallada al paso del tiempo, y que ha dejado huellas que no todos saben ni quieren leer. Ésta es la otra memoria que está en juego en los relatos, a la que sólo algunos se asoman, y para los que lo hacen puede ser todo un mundo por explorar, un libro abierto al conocimiento y la imaginación. Leer esta memoria permite no sólo acercarse a ella: también de algún modo es una forma de apropiarse del territorio, que en el futuro guardará también la propia huella que le hemos impreso a nuestro paso.

Así pues, la ciudad imaginada se acerca y se aleja de su referente material y, conforme pasa el tiempo, se reconstruye y reinventa. Y aunque pareciera que sólo existe un territorio, cada uno tiene su propia imagen en la cabeza, compuesta a partir de un sinfín de elementos. Aquí pongo la atención en algunos de ellos, los que encuentro en los relatos —y que me parecen más significativos dentro de su propia lógica—, y que pueden mostrar los materiales desde los que se han contruido, sedimentado, desbaratado y reconstruido.³

³ La reconstrucción de los relatos buscando los imaginarios de la ciudad de Ecatepec se inspira en diferentes textos y autores tales como Calvino, De Certeau, Bourdieu, Barthes, Margulis, etcétera, que se consignan en la bibliografía gene-

Insisto nuevamente en la posición de migrantes desde la cual elaboran sus relatos. A partir de ésta se trata de revisar cómo coinciden o conviven diferentes puntos de vista, reunidos casi azarosamente en un lugar que comparten y del que se apropian en diferentes maneras, ya que los significados que otorgan a la ciudad pueden ser disímbolos, pero están obligados a compartirlos, aun cuando en algunos casos prefieran mantenerse en una especie de estancos que preservan su individualidad de costumbres y percepciones del espacio.

Un elemento fundamental que aporta su condición de migrantes en Ecatepec, está constituido por la llegada a un lugar sobre el cual se erige una construcción simbólica histórica, dadas las huellas que las raíces ancestrales del poblado original han dejado plasmadas en su fisonomía, paisaje y expresiones culturales tradicionales. Esto establece una diferencia básica entre dos tipos de habitantes del lugar:

- Los nativos, poseedores de ciertas claves simbólicas que no pueden ser desentrañadas completamente por los migrantes, porque involucran costumbres y tradiciones que se han sedimentado a través de las generaciones, y que sólo pueden ser aprehendidas como formas culturales objetivadas en monumentos, construcciones, plazas, fiestas, ritos y celebraciones.

- Los migrantes, que construyen alguna forma de apropiación simbólica del espacio, pero desde una posición que frecuentemente los ubica como “turistas permanentes”, que se acercan con mayor o menor interés a una cultura que perciben como ajena, pero que puede ser de alguna manera también la propia, particularmente cuando

ral de la investigación. Incluyo aquí una cita de Barthes que me parece especialmente sugerente: “La ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, la ciudad en la que nos encontramos, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla. Sin embargo, el problema consiste en hacer surgir del estadio puramente metafórico una expresión como ‘lenguaje de la ciudad’ (...) Tenemos que ser muchos los que intentemos descifrar la ciudad en que nos encontramos, partiendo, si es necesario, de una relación personal. Dominando todas estas lecturas de diversas categorías de lectores (porque tenemos una gama completa de lectores, desde el sedentario hasta el forastero) se elaboraría así el lenguaje de la ciudad.” (Barthes, 1993: 260-261, 266)



proviene de un desarraigo previo que sólo en algunos casos les permite mantener un lazo, real o imaginario, con unos orígenes territoriales que se acercan más a lo que consideran como propios.

Ante esta diferencia entre nativos y migrantes, podemos suponer que a través del tiempo o las generaciones, los segundos podrían llegar a integrarse plenamente a la comunidad cultural de raíces ancestrales, o más bien, como ilustra el caso de Laura con mucha claridad, sentirse y vivirse como parte de esta comunidad emergente formada por los inmigrantes que habitan los nuevos “fraccionamientos” o “colonias”. Por lo pronto, lo importante para la interpretación de estas “lecturas de la ciudad” es no perder de vista estos aspectos para contextualizar la lógica de cada relato.

Como hemos visto, en todos los casos analizados hay una historia migratoria personal o familiar que antecede la estancia en Ecatepec, ya que ninguno nació en este lugar, por lo que, desde su condición de migrantes, han realizado cada uno de ellos una construcción simbólica del territorio a partir de sus experiencias personales y la relación que han establecido con él. Antes de abordar las formas particulares y generales desde las que perciben el espacio en el que habitan o trabajan, iniciamos precisando los años que han pasado en Ecatepec:

Permanencia viviendo en la zona

	Edad actual	Edad a la que llegó	Años de permanencia	Observaciones
Norma	44 años	10 años	34	- 1 año en Yucatán
Matilde	40 años	7 años	33	
Arturo	36 años	5 años	31	- 1 año en Baja California
Laura	44 años	15 años	29	
Daniel	46 años	18 años	28	
Ricardo	40 años	14 años	26	- 5 años en Estados Unidos
Sandra	42 años	12 años	6	Después de 6 años, regresa a vivir al D.F., aunque su trabajo está en Ecatepec.

Aunque cada uno de ellos ha construido una imagen de Ecatepec muy personal, para fines de análisis e interpretación vamos a agruparlas en tres visiones básicas sobre el territorio, atendiendo a los sentidos y significados que cada relato enfatiza, así como la forma en que han evolucionado las percepciones del territorio a partir de las experiencias vividas en él.

Ecatepec: la visión idílica del paraíso (perdido) de la infancia

En este tipo de lectura del territorio ecatepense, plena de riqueza, colorido y añoranza, ubicamos los relatos de Arturo, Matilde y Norma. Los tres nacieron en el Distrito Federal, y llegaron a Ecatepec en un lapso de tres años, entre 1967 y 1970, lo que nos habla de una fisonomía muy similar del lugar en el momento de su llegada. Otro punto en común es que los tres llegaron siendo niños, cuyas edades fluctuaban entre los cinco y diez años, lo que nos permite añadir un elemento más a la ubicación de sus relatos, ya que la visión que conservan del lugar está estrechamente ligada con sus vivencias infantiles.

En estos tres relatos encontramos una percepción que ubica a Ecatepec en un contraste obligado con la ciudad, de donde provienen. Así este territorio se presenta ante su ojos como un símbolo de libertad: mientras en las zonas urbanas no podían jugar libremente en las calles, y sus espacios de convivencia se reducían al interior de las viviendas que rentaban, en Ecatepec encuentran un territorio semi habitado, donde los terrenos baldíos y las extensiones que aún se dedicaban a la agricultura se abrían ante sus ojos invitándolos a la exploración y a vivir aventuras en un ambiente silvestre que despertaba su imaginación y les permite experimentar juegos y vivencias que en las calles de la gran ciudad eran prácticamente imposibles. Esto se debe a que cuando llegan el lugar no está totalmente urbanizado, como está ahora, ya que viven precisamente el proceso de construcción de nuevas unidades habitacionales en terrenos antes deshabitados, dedicados a la agricultura o como zonas de reserva territorial.



Así, el lugar se prestaba para convivir y recolectar pequeños animales: caracoles, grillos, etcétera, jugar entre los antiguos sembradíos, o disfrutar del contacto con la naturaleza y el agua que corría por los pequeños arroyos que se formaban en temporada de lluvia.

En la imagen del Ecatepec que vive en sus recuerdos está también el viejo pueblo, con la tranquila convivencia entre los vecinos, y las fiestas y tradiciones que disfrutaron en esa época: los bailes en la plaza central, con su kiosco y la música de los domingos; la fiesta de San Cristóbal, su santo patrono, que incluía comidas especiales y feria con puestos de artesanías y juegos mecánicos; los desfiles en honor de Morelos, el héroe nacional adoptado localmente en razón de que ahí fue fusilado; pero sobre todo, el ambiente provinciano y de seguridad que les permitía vivir tranquilamente y transitar libremente por el lugar sin temor a ser víctimas de malhechores.

El lugar que ellos describen saben bien que ya no existe físicamente, pero se mantiene vivo en su memoria, y estos recuerdos aportan una carga simbólica a la construcción de su arraigo territorial: Ecatepec ha cambiado, algunas de sus características más apreciadas han desaparecido, así como ese sabor provinciano a pueblito cargado de tradiciones. Pero finalmente ellos también se han transformado, y el Ecatepec de sus primeros recuerdos se ha esfumado, junto con su infancia, dejando sólo un recuerdo añorado.

Ecatepec: el contraste con los propios paraísos natales

La imagen de Ecatepec que presentan los relatos de Sandra, Ricardo y Daniel es muy diferente: ellos vienen de sus propios paraísos, por lo que a su llegada no se dejan seducir por el encanto pueblerino o las costumbres y tradiciones locales, que en esa competencia simbólica siempre están en desventaja con sus lugares natales, o por donde han transitado en el trayecto de su vida antes de llegar a Ecatepec. Esto nos permite entender una premisa básica en la construcción simbólica del territorio en los migrantes: siempre se observa el nuevo territorio desde el lugar por el que se llega, las situaciones que

los llevan ahí, y con la imagen del espacio anterior como punto de referencia.

En el relato de Daniel se resalta la añoranza por su pueblo natal, que puede resumirse de la siguiente manera: si de pueblos se trata, el suyo, esto es, donde nació, es mucho mejor. Para él su pueblo tiene hermosos paisajes, una tierra muy pródiga, pero sobre todo, costumbres y tradiciones fuertemente arraigadas y asumidas por él como las propias, en un ambiente tranquilo, respetuoso y de convivencia comunitaria muy estrecha, donde hay la posibilidad de que todos se conozcan y se saluden cotidianamente, gracias a la pequeña cantidad de pobladores con la que cuenta. Esto hace que a su llegada a Ecatepec sólo haya apreciado el clima agradable que disfrutó en sus primeros años de estadía en este lugar, que dicho sea de paso, considera que ya cambió, debido a la fuerte urbanización que ha sufrido en el transcurso de los años, y que ha propiciado la degradación del territorio por la contaminación y sobrepoblación que ahora padece. Por ello, mantiene viva la ilusión de un retorno a su lugar natal en un futuro que espera, no sea muy lejano.

El relato de Sandra muestra también poco aprecio por Ecatepec. Ella nació en una pequeña ciudad, donde vivió sus primeros años, por la que mantiene un profundo cariño que incluye los paisajes, la fisonomía urbana, la comida, las formas de convivencia. Su llegada al Distrito Federal le permite conocer otras formas de vida y un ambiente altamente urbanizado que llega a conquistarla: los símbolos territoriales, las formas de utilización del espacio, la organización social más impersonal pero ordenada, la amplia oferta cultural y artística, etcétera. Particularmente hay dos puntos que ella explícitamente destaca: a su llegada, lo que le agradó fue el “hacinamiento” en el que vivía la familia dentro de un departamento, que contrastaba con los espacios abiertos y la casa amplia donde habitaba en su lugar natal; y también se ha formado una idea muy personal sobre el tipo de gente de la gran ciudad, a la que muchos acusan de tener formas deshumanizadas de convivencia, pero en la que ella ha encontrado “gente buena”, con un especial sentido de la solidaridad y respeto por quienes llegan como migrantes.



Estos aspectos han enfatizado su gusto por la gran ciudad, que no encontró en su breve estancia en territorio mexiquense, al que no le une algún tipo de arraigo territorial, pues ahí solamente reconoce un lazo profesional por ser el lugar donde ha desarrollado su vida como profesora. Así pues, en Ecatepec no encuentra un aprecio personal por el territorio ya que, como señala, lo único que conoce “son las escuelas”.

En el caso de Ricardo encontramos en su relato un gran aprecio por su pueblo natal pero solamente como una añoranza por el territorio rural y sus formas de vida asociadas con sus experiencias infantiles: correr semidesnudo y descalzo por la tierra, subirse a los árboles, jugar en libertad en espacios abiertos. Sin embargo, a su llegada al Distrito Federal lo seducen la conformación espacial y las formas de vida completamente urbanas: las calles, los altos edificios, los cines y otras formas de entretenimiento, los semáforos y el tránsito de miles de vehículos, los modales urbanos, e inclusive el tipo de ropa y calzado que desde su llegada, empezó a utilizar.

En este contraste entre lo rural/tradicional y el encuentro con lo urbano/moderno es este último en el que se encuentra más cómodo, por lo que la llegada a Ecatepec significa una especie de retroceso en estos dos polos y, ya siendo profesor, emprende una experiencia migratoria hacia los Estados Unidos en busca de una cultura urbana que desde su punto de vista sería superior, más refinada y moderna, con formas de uso del espacio y convivencia interpersonal más ordenadas, individualizadas y respetuosas, que representarían un mejoramiento y continuación de ese paso personal de formas de vida rurales a urbanas. Esta experiencia migratoria de Ricardo no fue exitosa, y después de cinco años regresa a Ecatepec, donde trata de apropiarse simbólicamente del territorio a través de conocerlo más cercanamente, y educar a los niños a su cargo en formas de vida más “civilizadas” y modernas, que superen así las arraigadas prácticas desordenadas como tirar basura en la calle, no obedecer las leyes, reglamentos y ordenamientos urbanos, o los modales “adecuados” para comer y convivir armónicamente.

Así, en estos tres casos encontramos un choque en la percepción del territorio desde la óptica de lo rural o provinciano y lo urbano, pero donde cada uno de ellos toma sentidos diferentes: en Daniel, la migración a Ecatepec refuerza su aprecio por el territorio y cultura rural con profundas raíces tradicionales, representados por su pueblo natal, que condiciona su perspectiva del lugar en el que habita al que por tanto no lo une un arraigo territorial; en Sandra encontramos un equilibrio entre el territorio y formas de vida provincianos de su ciudad natal y la agitada vida urbana de la ciudad de México, ya que ambos lugares gozan en ella de aceptación y aprecio, quedando Ecatepec excluido de cualquier lazo territorial ya que no representa un territorio simbólicamente valioso para ella; y por último, en Ricardo encontramos un aparente debilitamiento del aprecio por el territorio y formas de vida rurales donde pasó su infancia a favor de la ciudad y formas urbanizadas de vida, pero insisto, sólo en apariencia, ya que en sus recorridos actuales por Ecatepec aprecia sus zonas semi rurales, aunque no habita ahí y le molestan las formas desordenadas e “incultas” de vida.

El territorio signado por los acontecimientos de vida

Como se ha dicho, el territorio siempre se mira desde las experiencias personales y, a través de ellas, se otorgan significados específicos al entorno: se ama el lugar donde se ha sido feliz, donde se ha disfrutado la estancia en algún sentido, y también las vivencias desagradables influyen en la forma de apreciar el territorio. Probablemente sea en el relato de Laura donde se aprecia con mayor claridad la carga simbólica y emocional que se otorga al territorio, en paralelo con las experiencias vitales, convirtiéndolo así, casi en un protagonista de la propia vida.

Laura nació en el Distrito Federal, al igual que su madre y abuelos. Ahí pasó sus primeros años, y es hasta la edad de quince años cuando su familia adquiere una vivienda propia en territorio mexicano; pero su arraigo sigue en aquel lugar, porque ahí continúan



estudiando o trabajando, lo que complica su vida cotidiana porque tienen que invertir tiempo y dinero en los traslados de un lugar a otro.

El primer rompimiento con su lugar natal llega cuando es despedida de su primer empleo como profesora, después de dos años de laborar en una escuela particular de la zona donde nació, creció y estudió su carrera normalista. Pero su arraigo en el lugar la impulsó a buscar otro empleo en el mismo lugar, donde ya no habita, pero es el que conoce mejor y al que se siente entrañablemente ligada. Después de intentar infructuosamente colocarse en otra escuela como profesora, concluye que ahí las puertas están cerradas para ella, y decide buscar una oportunidad en otro lugar. Así llega a “tocar puertas” en Ecatepec, armada con su título de profesora, pero donde siente que no conoce ni la conocen. Para su sorpresa, ahí encuentra la oportunidad anhelada, con lo que se siente bien tratada y reconocida profesionalmente, ya que poco tiempo después le ofrecen la dirección de una escuela primaria de nueva creación, lo que contrasta con el despido sufrido en el lugar que consideraba su terruño, trabajando con profesores que la conocieron como estudiante.

Aquí aparece pues su primera ruptura con su lugar natal, y la construcción de nuevos lazos con Ecatepec: en un lugar la corren, en el otro la aceptan; en uno le cierran el paso, pero en el otro lo abren. Ecatepec significa pues la oportunidad de empezar nuevamente, en otro ambiente, con otra gente, en otro territorio; así lo percibe y lo expresa en su relato.

La segunda ruptura llegará tiempo después, en una situación personal y territorial que encierra un paralelismo simbólico muy especial. En el año de 1985 ocurre un terremoto en la ciudad de México que destruye calles, edificios y provoca la muerte de miles de personas y, aunque ya no vivía ahí, presencié horrorizada las desgracias causadas. Su estancia en el lugar obedecía a otra razón de mayor importancia y trascendencia en su vida: su madre estaba hospitalizada, muy enferma, y muere en el hospital donde se encontraba. Así pues, en su percepción del territorio se unen simbólicamente los dos acontecimientos: el territorio se abre, se rompe, destroza lo

que contiene, al igual que su vida se derrumba con la enfermedad y muerte de su madre.

Y esta ruptura con el territorio roto se presenta en su relato como definitiva: ese lugar, donde nació y pasó sus primeros años, ya no es más su casa, no es su lugar en el mundo, no le gusta, ha roto definitivamente con él, y puede aducir muchas otras razones para esa ruptura simbólica: hay contaminación, la vida es agitada, es peligroso, etcétera, pero en resumen, en adelante, su vida estará en otro territorio, y se esfuerza por construir lazos simbólicos en él.

En la construcción de nuevos lazos simbólicos territoriales aparece en su vida la maternidad. La llegada de su hijo le da otro sentido a su estancia en Ecatepec: el territorio mexiquense se convierte en símbolo de esperanza, de nacimiento y renacimiento de su propia vida. Por ello un geosímbolo importante para ella son las Torres de Satélite, porque por ahí pasó cuando se dirigía al hospital momentos antes del nacimiento de su hijo.

Así pues, el paralelismo que observamos en este caso entre la propia vida vivida y el escenario donde transcurre, lo convierte en un protagonista simbólico que adquiere sentidos específicos según las experiencias que ahí ocurren. La percepción subjetiva del territorio se realiza a través del filtro de la propia vida.

Transformaciones del espacio y el impacto en sus habitantes

Ecatepec se ha transformado radicalmente en las últimas décadas. Éste es un hecho incuestionable del cual pueden dar cuenta cabal los conteos de población; la cantidad de casas nuevas que se han construido acompañadas de sus escuelas, comercios, calles, avenidas, semáforos; o medirse también por los índices de contaminación, la cantidad de basura que se recolecta diariamente o el agua y electricidad que actualmente se consume.

Estos cambios inician oficialmente a mediados del siglo XX, cuando se asientan ahí diversas empresas que amenazan con convertir el viejo pueblo rodeado de sembradíos, en un polo de desarrollo



industrial. Junto con las fábricas empiezan a llegar nuevos pobladores, expulsados del Distrito Federal para los que, en muchos casos, sólo fue un territorio de paso en su ruta migratoria, que huyen de los altos costos de la vida y particularmente de la vivienda, y buscan un lugar accesible donde asentarse con sus familias.

La llegada masiva de migrantes modifica en muchos sentidos el territorio, produciendo una destrucción de los viejos usos y ordenamientos del espacio, como lo enfatizan los relatos que venimos analizando. Un primer efecto ocurre en el entorno que rodea el viejo pueblo ancestral, otrora rodeado de áreas de cultivo y rebaños de diversas especies animales, para estar ahora prácticamente cercado por la instalación de industrias de diferentes magnitudes, y por los nuevos fraccionamientos y unidades habitacionales, algunos planeados y diseñados para tal efecto, y otros producto de las invasiones irregulares de nuevos pobladores que se instalan especialmente en las faldas de los cerros que formaban parte de la reserva territorial de la Sierra de Guadalupe, pertenecían a los ejidos de los pueblos, o simplemente permanecían como terrenos baldíos.

Estos cambios afectan la fisonomía pueblerina de Ecatepec, que ha respondido a las nuevas necesidades con una renovación paulatina pero constante de las construcciones, mobiliario urbano y vías de acceso. Así, la vieja Plaza central del pueblo se moderniza con la intención de hacerla más “funcional”, el Palacio Municipal es remozado y se le agregan nuevas construcciones, se abren nuevas calles y avenidas para dar cabida a la creciente cantidad de vehículos automotores que circulan permanentemente por ahí, la vieja parroquia católica, con su antiguo edificio monacal contiguo, cede su carácter central a la nueva Catedral, que ya no está consagrada a San Cristóbal, antiguo santo patrono de la población, porque las actuales autoridades eclesiásticas han declarado que es un santo que ya no existe como tal porque “nunca existió”, y se ha “descontinuado” del santoral oficial por razones que muchos de sus devotos no entienden. Y esto es sólo parte de esa modernización que ha operado en el territorio y, consecuentemente, en la comunidad ahí asentada,

que sufre cotidianamente el impacto que ésta tiene sobre sus formas de vida.

Pero ¿cómo perciben estos cambios en el territorio sus habitantes? ¿Es ahora un buen lugar para vivir? Bueno, para algunos como Sandra o Daniel, nunca estuvieron convencidos de que lo fuera, pero veamos qué nos dicen nuestros siete relatos.

En primer lugar, la destrucción del viejo pueblo, con su antigua fisonomía, sus costumbres y tradiciones, ha roto el principal atractivo que veían en Ecatepec quienes lo disfrutaron en su niñez, como Arturo, Norma y Matilde, aunque para esta última la nueva fisonomía, más moderna, también es motivo de orgullo y satisfacción con los cambios operados, que puede “presumir” a los visitantes, aunque se afectara la “tranquilidad” de la zona, con la que ella misma se identificaba.

En segundo lugar, todos coinciden en que la llegada masiva de migrantes ha provocado graves problemas de contaminación atmosférica y por ruido, y ha destruido el paisaje circundante, dejando una estela de polvo y basura donde antes hubo vegetación y fauna silvestre. También se han agudizado los problemas de tránsito de vehículos, a pesar de las obras viales realizadas, con el consecuente peligro y molestia para los habitantes. La proliferación de la delincuencia también la consideran un efecto nocivo, junto con problemas de drogadicción y falta de oportunidades para los jóvenes, que ha impulsado a algunos a emigrar a otras regiones, particularmente a los Estados Unidos. Otro problema asociado es el hacinamiento en el que viven muchas familias, que dada su condición económica albergan en sus casas a las nuevas familias de sus hijos, lo que impacta negativamente en las formas de convivencia entre vecinos, en las que perciben que “antes eran más cordiales”.

Estos problemas provocan la decadencia de viejas tradiciones, como la feria de San Cristóbal, que ha perdido su sabor pueblerino para tomar un sesgo más comercial. Pero también surgen otro tipo de costumbres y formas de convivencia, que retoman elementos de lo viejo, reinventándolos.



Un efecto que se percibe es la creación de nuevas comunidades, con formas de convivencia emergentes, que podríamos denominar la “cultura del fraccionamiento”, en la que participan con esfuerzo los inmigrantes que llegan ahí en busca de una vida mejor para sus familias, que propicia nuevas formas de convivencia y organización, al compartir el espacio de manera innovadora, rescatando y amalgamando costumbres y tradiciones provenientes de diversos lugares, lo que le brinda cierto aire cosmopolita, aderezado de un espíritu individualista de independencia y respeto por el otro.

A la par de estas transformaciones, el territorio signado ofrece a sus habitantes viejos y nuevos símbolos territoriales. En los relatos se mencionan, entre otros, los siguientes tres, que me parecen particularmente representativos por el simbolismo que ellos mismos le otorgan:

Cerro de la Cruz

El viejo pueblo de Ecatepec está situado junto a este cerro, y en épocas prehispánicas estaba consagrado a Ehécatl, Dios del Viento para los antiguos nahuas que poblaron el lugar, y del cual toma su nombre el pueblo y municipio. En su cúspide había un adoratorio dedicado a este dios, pero con la Conquista y posterior evangelización, fue destruido, y en su lugar pusieron una cruz, de la que proviene su actual nombre. Por ello este lugar tiene un simbolismo muy especial que sólo algunos de los actuales habitantes conocen. Para Arturo y Matilde, que lo han visitado y escuchado con atención sobre su significado, es un símbolo territorial fundamental. Arturo evoca antiguos mitos relacionados con la fundación del poblado, mientras para Matilde encierra significados más profundos, a través de los cuales, nombrar el territorio, adquiere para ella sentido.

En su relato, Matilde expresa cómo al nombrar el territorio se evocan para ella vivencias propias, recuerdos de infancia, y la forma en que ese nombre adquiere para ella un significado que ya no es solamente el público y compartido, sino también personal. El ahora llamado Cerro de la Cruz se convierte entonces en un símbolo desde donde el dios Ehécatl del viejo mito se aparece y hace presente

para quien aprende a escucharlo, a sentirlo. Y el nombre ya no es solamente un signo arbitrario, porque encierra un mundo de significados: las caminatas por ese cerro con su familia, donde descubrió que “cuando va uno más arriba, sopla mucho el viento, muchísimo, muchísimo. Entonces yo decía ¡cómo hay relación entre una cosa y otra: entre el nombre y lo que realmente pasa!”. El nombre de Ecatepec se convierte para ella en un símbolo, no sólo para designar el lugar, sino condensa también las experiencias vividas en él.

Pero hay otra dimensión en este Cerro de la Cruz que nos permite diferenciar con mucha claridad las diferentes concepciones y construcciones que nativos y migrantes hacen alrededor de este símbolo territorial. Contrastemos entonces lo que narran los profesores en sus relatos, con los significados profundos que encierra este lugar, provenientes de costumbres ancestrales.

El día tres de mayo se celebra en el Cerro de la Cruz, la fiesta de la Santa Cruz, para la cual los nativos se preparan desde la noche anterior para subir a realizar un rito que data de la época prehispánica, cuando en esas fechas se realizaban también ceremonias prehispánicas asociadas con los ciclos agrícolas, pero entonces consagradas a otros dioses. Con la cristianización, se destruyen los viejos adoratorios consagrados al dios Ehécatl, por la Cruz de Cristo, que sustituye a los antiguos dioses, pero aprovecha el viejo rito al ser reinventado con un nuevo destinatario religioso.

La permanencia de esta fiesta de la Santa Cruz, realizada en algún cerro cercano a las poblaciones, es común a otros pueblos de origen nahua, como lo muestran las investigaciones de Johanna Broda en la zona guerrerense del Río Balsas (Broda, 2001). En Ecatepec se sigue realizando y, como parte del ritual, los nativos conocedores de estas viejas tradiciones, llevan comida preparada especialmente para la celebración y, al término del rito, la comparten e intercambian con todos los presentes, como una forma simbólica de preservar añejas costumbres comunitarias, otrora ligadas a los ciclos agrícolas, pero que aún perviven aunque la población ya no se dedique fundamentalmente a actividades agrarias.



Estos significados profundos no son recuperados por los profesores en sus relatos, porque no los han vivido y en muchos casos, ni siquiera los conocen, o si acaso los pueden observar desde la exterioridad del turista, como una costumbre tradicional que les es ajena y por tanto no comparten. Pero en cambio, como hemos visto, ellos elaboran otro tipo de construcciones simbólicas alrededor de este cerro.

Casa de Morelos

Este es un viejo edificio que data de la época colonial, y que se ha conservado como símbolo territorial porque ahí vivió sus últimos días de vida el héroe de la Independencia José María Morelos, prisionero del Ejército realista, que finalmente lo fusiló en esta población. Este hecho histórico marca a Morelos como uno de los símbolos civiles fundamentales del lugar ya que, además de ser parte del nombre oficial del municipio, Ecatepec de Morelos, se dedican a este héroe celebraciones locales especiales para conmemorar su natalicio y fusilamiento.

Catedral de Ecatepec

Ésta es una construcción reciente, de arquitectura modernista, que contrasta con la vieja parroquia de origen colonial. La construcción de este templo, que recuerda en su interior el estilo de la nueva Basílica de Guadalupe por la distribución circular del espacio, se erige como un polémico símbolo territorial: para algunos, es muestra de la transformación modernizante del viejo Ecatepec, y se apropian orgullosamente de él; para otros, representa el poderío político y económico del obispo local, artífice de su construcción y quien ganó así el obispado en el lugar, pero con quien discrepan algunos de sus feligreses por la forma de ejercer su ministerio clerical, más ligado a intereses económicos y políticos que a lo que ellos consideran las verdaderas enseñanzas y principios del catolicismo.

Migración y reconstrucción identitaria

El hecho de nacer o habitar en un territorio determinado, no produce automáticamente la construcción de arraigos simbólicos en él, y mucho menos la conformación de una identidad socioterritorial, ya que ésta implica el desarrollo de un sentido de pertenencia, auto y hetero percibido, a partir de compartir el universo simbólico que le es propio, lo que incluye formas y estilos de vida, la construcción cultural del territorio, los usos del espacio, las costumbres y tradiciones, las relaciones sociales y las posesiones materiales, entre otros aspectos.

Para los migrantes, la construcción de la identidad socioterritorial presenta además ciertas condiciones particulares, ya que el desarrollo del sentido de pertenencia se inicia desde etapas tempranas de la vida y generalmente en el seno familiar, donde recibe el universo simbólico cultural que después será complementado y resignificado en las relaciones que entable con comunidades socioterritoriales con las que entra en contacto en el transcurso de su vida. La migración impone al actor, tras establecerse en un nuevo territorio, la necesidad de aprender, contrastar y apreciar otros mundos, que pueden estar más o menos cercanos o lejanos a su universo cultural natal y familiar, pero que por circunstancias de la vida tiene que interactuar en ellos y con ellos. En estas condiciones, el migrante recibe algún tipo de impacto en el contenido y significación de su identidad socioterritorial, que puede tomar diferentes direcciones, con toda una gama intermedia en cada una de ellas:

- el reforzamiento y radicalización de su identidad natal, o
- la reconstrucción identitaria al sentirse plenamente asimilado al nuevo ambiente socioterritorial.

En el primer caso, para que ocurra el reforzamiento o incluso radicalización de la identidad natal en migrantes, el actor requiere de algún referente, interno o externo, que le recuerde y actualice el sentido de pertenencia a la comunidad socioterritorial de origen. Este referente puede aparecer en dos tipos de figuras:



- Los “otros”, que no comparten su identidad, y que se encargan de resaltar de manera frecuente o eventual aquellos rasgos que se perciben como distintivos identitarios diferenciadores, tales como la forma de hablar, los hábitos alimenticios, los modos peculiares de relacionarse con los otros y hasta el aspecto físico. En los relatos biográficos aparece este referente externo con mucha claridad cuando narran que a su llegada al nuevo territorio fueron reconocidos y señalados como “fuereños”. Estas evidencias que se presentan al actor de la diferencia desde las distintas identidades socioterritoriales, le permiten tomar conciencia de la propia identidad, que entre iguales puede pasar prácticamente desapercibida.

- Los “iguales”, los que sí comparten identidad, con los que conserva una relación constante, ya sea porque también han migrado y se encuentran o reúnen en el nuevo territorio, o porque mantienen algún tipo de vínculo o comunicación frecuente con el lugar de origen por cualquier medio, inclusive si éste solamente se realiza de manera simbólica a través de los recuerdos. Este tipo de relación continua con los “iguales” permite mantener vivo el recuerdo de los orígenes, actualizando aquellos rasgos que se perciben como distintivos identitarios, en contra del olvido y la plena asimilación a una nueva comunidad socioterritorial que reconfigure la identidad. En este sentido encontramos la formación de grupos de paisanos que se reúnen con diferentes objetivos (ayuda mutua, celebrar las festividades, compartir recuerdos o costumbres, encontrar pareja, etcétera), o las visitas, frecuentes o esporádicas, al lugar de origen.

En el otro caso, la reconstrucción identitaria entre migrantes sucede a partir de una ruptura con la comunidad socioterritorial de pertenencia antecedente, ya sea ésta de manera real o simbólica, que puede expresarse en frases como “yo ya no soy de allá”. En este caso se observa el triunfo del olvido sobre el recuerdo que sucumbe ante las vivencias cotidianas, lo que permite y facilita al actor adaptarse e integrarse a la nueva comunidad, adoptando como propio el universo simbólico cultural característico con lo que éste significa, aun cuando pueden quedar remanentes de su pertenencia anterior.

A partir de estos elementos podemos hablar de un *sentido electivo en la construcción identitaria de migrantes*, ya que durante su trayectoria biográfica establece una relación estrecha y vivencial con más de una comunidad socioterritorial, desde la experiencia cotidiana del que habita de manera estable y más o menos permanente en un territorio, y que por tanto entabla con él lazos de convivencia diferentes de los que puede establecer el visitante ocasional. Por ello, está en condiciones de contrastar, comparar y elegir simbólicamente las estructuras y referentes de su propia pertenencia, a partir de poner en juego los diferentes elementos que le ofrece cada comunidad socioterritorial, lo que conjuga una serie de selecciones, combinaciones y valoraciones que realiza de manera original y subjetiva, ya sea que éstas las realice en forma reflexiva y conciente, o como ocurre frecuentemente, sin tomar conciencia de ellas.

Bibliografía

- Acebo Ibáñez, Enrique del (1996). *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la teoría de la ciudad*. Argentina, Editorial Claridad.
- Barthes, Roland (1993). *Semiología y urbanismo*. En: *La aventura semiológica*, España, Paidós Comunicación.
- Bassand, Michel (1990). *Urbanization: Appropriation of space and culture*. New York, The Graduate School and University Center.
- Bertaux, Daniel (1997). *Les recits de vie*. Paris, Éditions Nathan.
- e Isabel Bertaux-Wiame (1994). *El patrimonio y su linaje: transmisiones y movilidad social en cinco generaciones*. En: *Estudios sobre las culturas contemporáneas, Vol VI, No. 18*. México, Universidad de Colima.
- Bourdieu, Pierre (1999a). *La ilusión biográfica*. En: *Razones prácticas*. Barcelona, Anagrama.
- (2000). *La miseria del mundo*. Argentina, FCE.
- (2001). *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*. España, Akal.



- Broda, Johanna y Félix Báez-Jorge (coords) (2001). *Cosmovisión, ritual e identidad de los pueblos indígenas de México*. México, FCE-CONACULTA.
- Calvino, Italo (2004). *Las ciudades invisibles*. España, Ediciones Siruela.
- Chávez Galindo, Ana María (1999). *La nueva dinámica de la migración interna en México de 1970 a 1990*. México. CRIM-UNAM.
- De Certeau, Michel (1999). *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*, México, UIA-ITESO.
- Friedrich, Paul (1991). *Los príncipes de Naranja*. México, Grijalbo.
- García Escamilla, Enrique (1998). *Ecatepec. Tierra de vientos*. México, Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos.
- García Salord, Susana (2000). *¿Cómo llegué a ser quien soy? Una exploración sobre historias de vida*. Argentina, Centro de Estudios Avanzados-Universidad de Córdoba.
- García Salord, Susana (s/f). *La heterogeneidad, un mundo por explorar*. (mecanoescrito).
- Giménez, Gilberto (1997). *Materiales para una teoría de las identidades sociales*. México, IIS-UNAM.
- Giménez, Gilberto (2000). *Territorio, cultura e identidades. La región socio-cultural*. En: Rosales Ortega, Rocío. *Globalización y regiones en México*. México, UNAM-FCPyS - Miguel Angel Porrúa, pp 19-52.
- (2002). *Paradigmas de identidad*. En: Chihu Amparán, Aquiles *Sociología de la identidad*, México, Miguel Angel Porrúa - UAM.
- (2004). *Cultura e identidades*. México, IIS (inédito)
- Lejeune, Philippe (1989). *Memoria, diálogo y escritura*. En: *Historia y fuente oral. No. 1*. Barcelona, Universidad de Barcelona.
- Margulis, Mario (2001). *La ciudad y sus signos*. En: *Sociedad*, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), No. 19, Diciembre.
- Pujadas Muñoz, Juan José (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Quezada Ortega, Margarita (2006). *Procesos de formación de identidades socioterritoriales en escuelas públicas de Ecatepec, estado de México*. México, Tesis de Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales, Orientación en Sociología UNAM-FCPyS.
- Tarrius, Alain (2001). *Nouvelles formes migratoires, nouveaux cosmopolitismes*. En: Bassand, Michel *et al.* *Enjeux de la sociologie urbaine*. France, Presses polytechniques et universitaires romandes, pp 103-134.